

# MEDICINA & HISTORIA

REVISTA DE ESTUDIOS HISTÓRICO-INFORMATIVOS DE LA MEDICINA

Director: Dr. Manuel Carreras Roca

Secretaría de Redacción

Centro de Documentación de Historia de la Medicina de J. URIACH & Cía. S. A.

Barcelona, abril de 1976

---

JOSÉ LUIS PESET

y

MARIANO PESET

CESARE LOMBROSO  
(1835-1909)

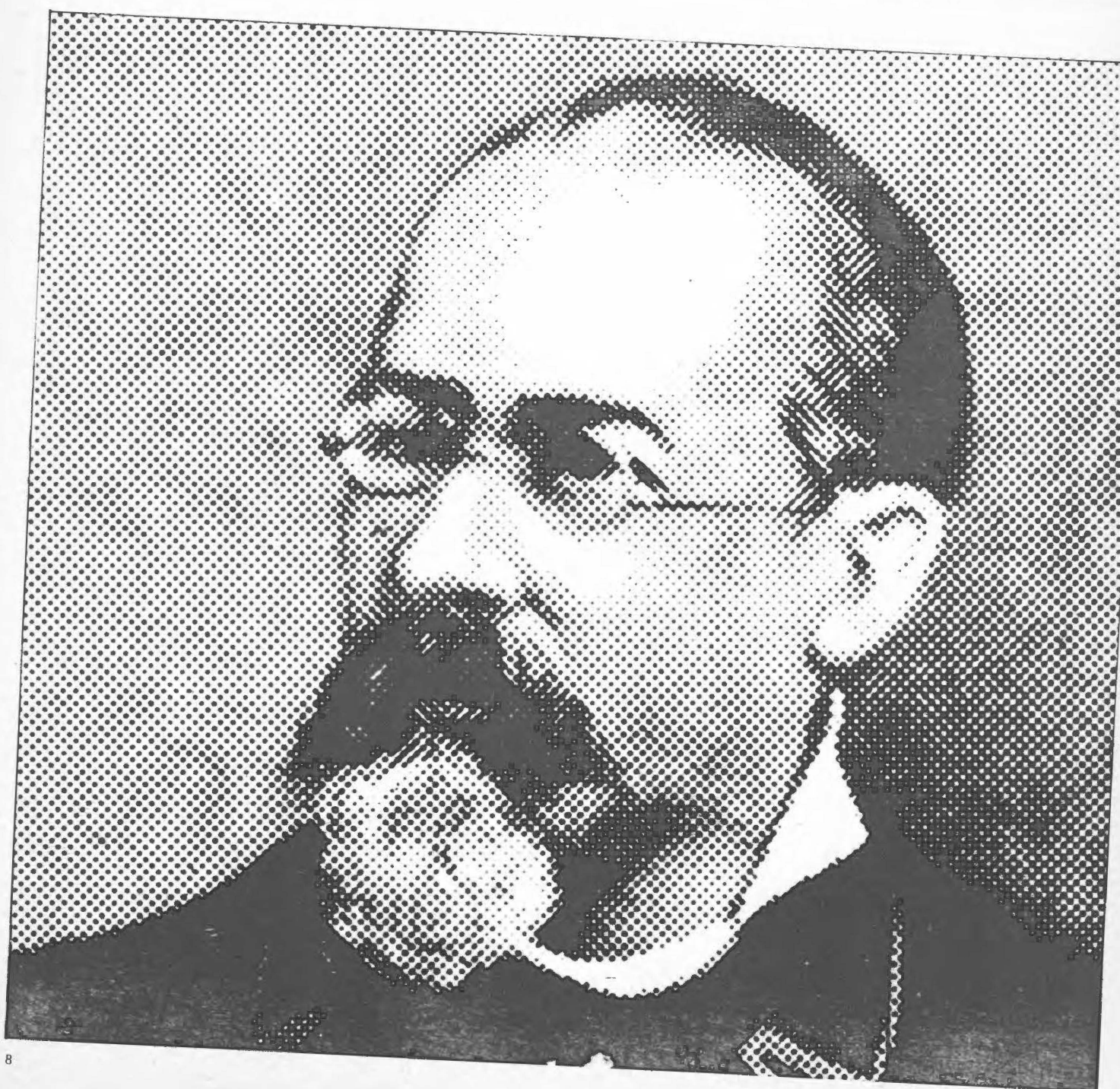
Y EL NACIMIENTO  
DE LA MEDICINA  
LEGAL  
CONTEMPORÁNEA

56

M&H

CESARE LOMBROSO  
(1835-1909)

Y EL NACIMIENTO  
DE LA MEDICINA  
LEGAL  
CONTEMPORÁNEA



Lombroso (Phot-Girandon)

## I. MEDICINA Y DERECHO

Cesare Lombroso (1835-1909) no fue un psiquiatra original, no cabe ninguna duda, pero sí fue un eminente médico-legista. A partir de la publicación de sus obras, el juez, el jurista o el legislador, que no solamente emplearon al médico como testigo cualificado en sus juicios, o como colaborador en el control social, también fueron en busca de sus escritos para interpretar, asentar o renovar la jurisprudencia y la ley. Esto sucedía a fines del siglo XIX, cuando la revolución burguesa triunfaba en todo el occidente europeo. Antes, durante un largo siglo, el médico y el jurista habían necesitado prolongados y difíciles diálogos para conseguir encontrar un acuerdo, para llegar a lugares comunes del saber y la acción. Dejando atrás el mundo precapitalista, esta larga conversación entre galenos y jueces transcurrió en tres etapas: la primera tuvo lugar en Francia durante la Revolución; la segunda en este mismo país durante la monarquía burguesa de Luis Felipe y la tercera en el sur, en la Italia del *Risorgimento*. Veamos estos tres actos de un mismo drama.

1. *El médico, testigo cualificado ante los tribunales*. En 1798, el ciudadano Foderé escribía el primer tratado de Medicina jurídica que puede ser denominado actual. Esta obra fue revisada y aprobada por una comisión nombrada por el ministerio del interior y aceptada por sus integrantes con interés y agudo espíritu crítico; la Revolución estaba deseosa de novedades en el terreno jurídico. Anteriormente, el médico era llamado excepcionalmente en casos de hechicería o envenenamiento, o en agresiones violentas o en pleitos eclesiásticos, pero siempre como mero y ocasional testigo. Ahora, una nueva época

comienza en el mundo occidental, que la revolución francesa anuncia: «De mis investigaciones particulares y de la comparación que he hecho entre las obras antiguas y modernas, resulta que los progresos de la Medicina legal han sido mayores desde el principio de este siglo que en todos los anteriores; y se puede decir igualmente sin preocupación que estos progresos se deben por la mayor parte a los médicos y cirujanos franceses, a los químicos, a los físicos y a los jurisconsultos de esta nación»<sup>1</sup>. No era extraño; la naciente burguesía francesa necesitaba de un nuevo derecho, de una nueva Medicina legal, que destruyese las ataduras feudales y confirmase la naciente estructura social. «Se ha demostrado —insistirá Foderé— que la Medicina legal ha seguido el progreso de las luces con que se ha enriquecido en cada siglo la jurisprudencia»<sup>2</sup>. El médico legista Foderé está al día y conoce el nuevo derecho. Desprecia el canonismo antiguo de la Medicina legal, a la que Zacchia había dedicado muchos de sus esfuerzos; sabe de la teoría rousseauiana del pacto social y tampoco desconoce a Montesquieu; se ocupa con cierta sabiduría de la importancia de la ley natural para el legislador y de la necesaria adaptación de la ley a cada sociedad humana. «Siendo la Medicina legal una ciencia necesaria en todo tiempo, en todo país y en todo género de circunstancias, no se ha ceñido el autor a acomodarla a las leyes de una sociedad más bien que a las de otra cualquiera, por la persuasión en que está de que las leyes se han hecho para los hombres y no los hombres para las leyes. Por lo mismo, cuando ha hallado invertido este orden, ha tomado por norma las leyes naturales (que son inmutables), con aquella independencia que debe caracterizar a un escritor que trabaja para todos los siglos»<sup>3</sup>. El francés Foderé, también está



al día en su conocimiento del derecho tradicional francés sobre las actuaciones médicas y no se muestra de acuerdo, muy al contrario. Un juicio, en el antiguo régimen, era siempre decidido por jueces que rara vez escuchaban a los médicos y que, a la postre, eran sordos a sus palabras. La ley se mostraba conforme: «Unas veces se fundan los juriconsultos en los escritos más célebres de medicina, que sirven como de cánones; y otras dispone la justicia que concurran a sus tribunales los profesores de este arte, para pedirles dictamen en las materias que son concernientes a él, tanto en lo civil como en lo criminal». Y lo mismo ocurría en la legislación de otros países: sólo se admitía respecto a la responsabilidad criminal de los locos una alegación, la locura o delirio total; ni delirios parciales ni formas no delirantes eran consideradas por los tribunales. Tal fue la doctrina de los magistrados ingleses —asentada por lord Hale— durante todo el siglo XVIII<sup>4</sup>.

La actuación de los médicos en este terreno era muy escasa; los tribunales rara vez admitían enfermedades no delirantes o con la razón a medias afectada y, además, ellos eran, con su interrogatorio, los verdaderos árbitros del diagnóstico de salud o enfermedad mental. El ciudadano Foderé intenta adaptar su saber a las oportunidades que el derecho le brinda, aún mutilando su ciencia y sus posibilidades de diagnóstico, prevención o tratamiento. Sus exposiciones médicas se encierran en el estrechísimo límite de brownismo. La salud o enfermedad, incluso la mental, dependen de la fuerza e irritabilidad de las fibras constitutivas del organismo, que reaccionan de acuerdo con estas características ante los estímulos exteriores, necesarios para el mantenimiento de la vida. Temperamento y enfermedad se hallan determinados por la condición de las

fibras nerviosas y musculares, cuya mayor o menor excitación altera la circulación sanguínea. Ésta, al actuar sobre el cerebro de manera anómala, produce los diversos tipos de enfermedades mentales. Por ejemplo: «*Causa material del delirio melancólico*. Este carácter moral es evidentemente un efecto de la constitución física. La rigidez de las fibras y la amplitud de las venas, que por lo común son anchas y dilatadas en los melancólicos, indican una dilatación real y más considerable en los vasos del cerebro que en los otros temperamentos. De aquí la aptitud para las ciencias, la tendencia manifiesta a la reflexión y a la meditación, la aspereza en las costumbres, la obstinación en las opiniones, el exceso en el vicio y aun en la virtud, si se puede decir así, el amor de la austeridad, la inclinación al estoicismo y el desprecio de la vida. Si esta dilatación del cerebro, que forma los grandes hombres, sostiene los imperios y echa por tierra las preocupaciones, viene a exaltarse demasiado en algunos puntos (lo que es muy fácil), deja de ser el templo del genio y el trono de la razón, y se convierte en una causa de locura tan excesiva y temible que algunas veces llega al extremo de producir el suicidio»<sup>5</sup>.

Su doctrina es apoyada por la anatomía patológica; entre los pocos autores que cita, se encuentra Morgagni, con cierta frecuencia, y él también autopsiaba a sus enfermos mentales.

«Yo mismo he abierto el cráneo y disecado el cerebro de un soldado joven que se había puesto fatuo, comía y cantaba de noche, y murió cantando; y hallé la sustancia cerebral sin apariencia de vasos rojos en la parte interior y llena de una porción considerable de serosidad verdosa que le había privado de toda su consistencia»<sup>6</sup>.





La Psiquiatría era la palestra principal de contraste entre médicos y juristas; si allí se admitía al médico, éste sería siempre escuchado ante los tribunales como importante árbitro en materia de imputabilidad de los delitos. El médico está intentando entrar en un importante terreno; el médico-legista era, hasta entonces, solicitado como testigo en abortos, agresiones, rupturas matrimoniales, envenenamientos..., pero su labor era limitada: la de testigo ocasional. Pero desea ir más lejos, no solamente aspira a ser testigo constante y de excepción en estos casos, sino también, quiere llegar a ser juez de la salud mental de los criminales. Si llega a conseguirlo, en su mano estará decidir sobre la culpabilidad de todo crimen; será un árbitro imprescindible en el derecho penal. Por todo ello, el médico coloca sus esperanzas en el campo de la psiquiatría criminal.

En este intento, queriendo dar apoyo objetivo a sus saberes, no duda en recurrir al estudio de la fisonomía, «ciencia» tan antigua como la misma Medicina. Es curiosa su observación acerca de las diferencias en el rostro de los hombres libres y en el de los esclavos:

«No puede dudarse que cada pasión tiene sus caracteres externos, en cuya virtud es fácil conocer a los hombres y evitar sus engaños. Sólo con ver a un esclavo y a un hombre libre se viene en conocimiento de su condición respectiva, sucediendo casi lo mismo con otros muchos sujetos. ¿De dónde proceden las fisonomías enérgicas de los antiguos griegos y romanos que sirven todavía de modelo en la pintura, porque apenas se encuentran algunos originales entre nosotros?: de la libertad en que concebían y expresaban sus pasiones. ¿Cuál es la causa de la fisonomía nula e insignificante del esclavo, y aun del criado?: la opresión en que están sus pasiones desde la

infancia, y el hábito de conformarse en todo con la voluntad, o acaso con los caprichos de sus amos; pero en el hombre libre expresan los músculos tan perfectamente todos los movimientos del alma en la voz, en los ojos y en la cara, que puede copiarlos la pintura, y van conformándose después insensiblemente en tal disposición, que es fácil inferir de ellos si el hombre que se tiene presente es inclinado al amor, si está sujeto a la ira, etc...»<sup>7</sup>.

Cada característica física es unida a un determinado temperamento, a una forma de enfermar o a vocaciones profesionales. Así, los melancólicos son morenos y con buenas disposiciones para las ciencias. Los ejemplos son muchos y no entraremos en detalles. Señalaremos, sin embargo, la importancia de este pensamiento, que uniendo la personalidad a caracteres somáticos inmediatos, pretende poder opinar e intervenir sobre las conductas ajenas. Una línea directa e ininterrumpida, que pasaría por Gall, Lavater y Spurzheim, uniría a nuestro ciudadano con Cesare Lombroso; todos ellos eslabones de una larga tradición de pensadores que, desde la antigüedad hasta nuestros días, consideran, sin más, que la cara es el «espejo del alma».

Si los jueces sólo admitían el delirio como atenuante o eximente de responsabilidad, Foderé se ve obligado a definir el concepto de razón y a hacerlo, amputando muchos posibles significados filosóficos o médicos y limitándose a sus aspectos legales:

«Los filósofos dicen que, razón es un modo de pensar y de obrar absolutamente conforme al orden y a las leyes eternas e inmutables que rigen y gobiernan el Universo. Pero esta definición es demasiado sublime para el común de los hombres. Los juriconsultos, definen la *razón* de que pretendemos hablar aquí, y que basta para excluir la locura considerada como



Philippe Pinel (1755-1826)

Xavier Bichat (1771-1802)

tal por los tribunales: *una aptitud para juzgar de las cosas como el común de los hombres, junta con el cumplimiento de todas las obligaciones sociales e indispensables*. Tal es el cuerdo según la ley.

«Este objeto es de la mayor importancia, supuesto que la falta de razón anula, por decirlo así, el contrato hecho entre la sociedad y uno de sus individuos; pone en un estado de verdadera interdicción al que tiene la desgracia de perder el juicio; le priva de sus derechos y le quita la libertad. Por lo que debe proceder el magistrado con mucho pulso antes de resolver sobre estas materias»<sup>8</sup>.

El juez era el supremo hacedor en los juicios criminales<sup>9</sup>; él decidía el estado de salud mental por medio de sus interrogatorios y consultas a testigos. El médico, con frecuencia no consultado o desoído, se encuentra preso en el saber y las actuaciones jurídicas. Sin embargo, Foderé preveía un futuro mejor y tiene algunas cosas que pedir: que los médicos tengan siempre un lugar en los tribunales y sean siempre atendidos: «Por consiguiente, es necesario acabar la obra —iniciada con el establecimiento de los jurados— y establecer en cada tribunal médicos y cirujanos aprobados, cuya capacidad inspire la confianza más perfecta y cuyas relaciones, hechas en forma que se dirá después, no ofrezcan en lo sucesivo a la Justicia ninguna duda ni motivo de variación»<sup>10</sup>.

Algo consiguieron los médicos: la Revolución y el Imperio mejoraron la situación de los enfermos mentales y, juntamente, otorgaron más poder a los médicos. Deben citarse la ley de Luis XVI, en 1785, sobre el tratamiento de los locos; la ley de 16-26 de marzo de 1790, que preveía la prisión de los dementes, con actuación importante de los médicos; algunas disposiciones del código de Napoleón y la or-

denanza de policía de 1828 que decretaban algunas notables reglas en materia policial y judicial. Pero la legislación no era suficiente y siempre el papel del brazo de la ley excesivo; todavía faltaban muchos años para que se cumpliera —si es que alguna vez se ha cumplido en su totalidad— la hermosa utopía con que F. M. Foderé comenzaba su estudio de la Medicina legal:

«... y como las leyes no pueden ser buenas si no están de acuerdo con el hombre, con su corazón, necesidades, clima y género de vida a que están sujetos los diferentes pueblos, deben los legisladores y los magistrados consultar la Medicina, vasto código de las leyes de la física animal, antes de pensar en establecer nuevas instituciones, o para darlas todo el grado de utilidad que son capaces de recibir. He aquí el primer sentido en que debe entenderse esta unión de palabras, *Medicina y leyes*, *Medicina legal*»<sup>11</sup>.

2. *El médico, colaborador del jurista*. Mientras Foderé escribía, la psiquiatría teórica y asistencial progresaba gracias a la labor de Pinel y sus discípulos. Como ha señalado con agudeza Michel Foucault, estas mejoras se hacen aumentando la dependencia entre psiquiatría y derecho. «Y no es una de las menores paradojas de la obra "filantrópica" y "liberadora" de Pinel esta conversión de la Medicina en justicia, de la terapéutica en represión. En la medicina de la época clásica, baños y duchas eran utilizados como remedio en relación con las especulaciones médicas sobre la naturaleza del sistema nervioso... Con Pinel, el uso de la ducha se hace francamente judicial; la ducha es el castigo habitual del tribunal de simple policía que se asienta permanentemente en el asilo». O también: «El



asilo de la era positivista, cuya gloria se atribuye a la fundación de Pinel, no es un libre dominio de observación, diagnóstico y terapéutica: es un espacio judicial donde se acusa, juzga y condena, y del que no se libera sino por la conversión de este proceso en la hondura psicológica, es decir, por el arrepentimiento. La locura será castigada en el asilo, incluso si es inocente en el exterior. Por largo tiempo y, al menos hasta nuestros días, está prisionera en un mundo moral»<sup>12</sup>.

No es difícil advertir en la obra de Pinel y de su escuela una doble interconexión con el derecho, una estrecha colaboración entre juez y psiquiatra. «Pinel sitúa a la Psiquiatría —dirá Klaus Dörner— entre la Medicina y el arte de dirigir el Estado y la sociedad». Por un lado, el médico utiliza los poderes que la nueva legislación le confiere, actuando ante el enfermo como padre y como juez, como representante de la sociedad de la que el demente ha sido expulsado, con el fin de reintroducir al enfermo de la locura a la razón, de la inmoralidad a la moralidad. Enormes posibilidades de «curación», de reincorporación a la sociedad, poseen ahora los psiquiatras, que abren sus clínicas y asilos a la nueva «moral» burguesa, y estos poderes se irán incrementando hasta llegar a Freud y el psicoanálisis, cenit en esta carrera de prestigio, poder y curación. El médico se apropia poderes legales, se coloca como supremo juez que reina sobre el enfermo y el manicomio. Él es capaz, desde Pinel, de condenar al alienado al silencio, al castigo o, su mayor represividad, a la culpabilidad<sup>13</sup>.

Otra vertiente de influencia aparece en esta interrelación médico-jurista, más interesante quizá para nosotros: la intromisión del médico en el terreno judicial. Si en el asilo el rey-médico es auxiliado por el legislador, en los tribunales el rey-juez es potenciado por el alienista. Hay una íntima colaboración entre ellos, un intercambio de poder y saber que busca, a la larga, consolidar el predominio de la burguesía en Europa. El fenómeno que aparece a primera vista —en este análisis de Michel Foucault y colaboradores— es una patologización de la criminalidad: «Digamos esquemáticamente, para empezar, que la principal apuesta de la competencia a que se entregan en la época las instancias penal y médica es la de sustituir, parcialmente, un modo de control a otro»<sup>14</sup>. Sin competencia, esta «división del trabajo social», creemos que es un mejor ajuste del poder burgués para el dominio y la coacción social. ¿Qué concedían los médicos a cambio de este aumento de prerrogativas? Devolver al poder penal la posibilidad que había

perdido, la de eliminar a sus enemigos con anterioridad a la agresión. En el antiguo régimen no era necesaria esta colaboración; una real orden —o mucho menos— era suficiente para sepultar a un hombre en la cárcel. Tras las revoluciones burguesas, sin embargo, dejó de ser tan sencillo; las constituciones garantizaban cierta libertad a los ciudadanos, no era ya posible arrojar a la prisión a un individuo sin previo juicio. Pero, ¿y si fuera posible demostrar que ese individuo molesto era también un peligroso enfermo? Entonces, el «buen sentido burgués» vería con buenos ojos que fuese apartado y alejado del seno social. «*Las penas privativas de libertad*, son una innovación del derecho moderno. En las sociedades antiguas no tenían sino un papel secundario, porque se imponía, sobre todo, la muerte, el exilio y la multa. Bajo el antiguo régimen, el concepto romano de una prisión que sirve para prevenir y no para castigar, prevalecía»<sup>15</sup>. Esta concepción se pierde en el mundo contemporáneo, el liberalismo no lo permitía y los médicos, tal como señala Robert Castel, son los únicos que pueden sustituirlo: «Por parte de la Medicina legal se busca un nuevo dispositivo...: una intervención que no estaría condenada a llegar siempre demasiado tarde, porque estaría fundada en un saber capaz de *anticipar la posibilidad* de una acción delictiva, incluso antes que se hubiese producido»<sup>16</sup>.

Largos debates consiguieron prestigiar a los médicos franceses ante los juristas. Ellos habían hecho grandes progresos en la ciencia y la asistencia médicas y ofrecían gustosamente todo ello al liberalismo naciente. Foucault y su grupo señala muy justamente la importancia que en este proceso tuvo el juicio celebrado en 1835 contra Pierre Rivière. En su transcurso, una junta médica parisina, agrupando alienistas y médico-legistas de gran talla, tales como Esquirol, Orfila, Leuret, Marc, Pariset y Rostan, consiguió el difícil indulto del culpado. Amparándose discretamente en el diagnóstico de monomanía, señalando la grave alteración de sus facultades mentales y morales y parapetados tras sus firmas de gran categoría médica y social, la psiquiatría francesa demuestra suya enorme poder. Esta victoria, pírrica por el momento, será el preámbulo de la más definitiva, conseguida en la ley de 1838, texto legal que recoge los proyectos de este grupo de médicos, cuyo manifiesto publicaban en 1829 en el primer número de su *Annales d'hygiène publique et de médecine légale*:

«La medicina no tiene sólo por objeto estudiar y sanar las enfermedades, posee relaciones con la organización social; a veces



CESARE LOMBROSO  
(1835-1909)

Y EL NACIMIENTO  
DE LA MEDICINA  
LEGAL  
CONTEMPORÁNEA



*M. Orfila*

ayuda al legislador en la confección de leyes, a menudo ilustra al magistrado en su aplicación y siempre vigila, con la administración, el mantenimiento de la salud pública. Así, aplicada a las necesidades de la sociedad, esta parte de nuestros conocimientos constituye la *higiene pública* y la *medicina legal*»<sup>17</sup>.

Al terminar el primer tercio del pasado siglo, la medicina psiquiátrica y legal francesa había avanzado mucho. Los tribunales han aceptado otros posibles diagnósticos que conllevan la inimputabilidad criminal. Los médicos han ofrecido otras posibilidades y han sido apoyados por una nueva institución que la Revolución instaura en Francia, por los Jurados. Éstos, con su sentido común, con su piedad burguesa conmovida por la oratoria forense, apoyaron la posibilidad de la existencia de delirios parciales y de «locuras» no delirantes. Foderé señala su aparición y Maudsley les atribuye también gran influencia en la evolución del derecho penal inglés de la primera mitad del siglo<sup>18</sup>. La moral y el «buen sentido» burgueses se imponen a la razón y a la ley; un elemento claramente democratizador es introducido en el proceso judicial, con la misión, entre otras, de hacer gravitar la moral y el consenso social para confirmar y rectificar la ley.

Pinel ya había admitido la existencia de manías y melancolías sin delirio; Esquirol, en un principio, las incluye en el cajón de sastre de la monomanía ordinaria, tal como cualquier otro delirio parcial. Más tarde admite plenamente la monomanía sin delirio, denominándola instintiva y distinguiéndola de la afectiva —o locura moral— y de la intelectual. Pronto «... Esquirol hacía de la monomanía una especie de mal del siglo, debida al desarrollo de las facultades intelectuales y más generalmente al *état de société* (la policía, por ejemplo, con la debilitación de la antigua demonomanía, podía contribuir, según él, a turbar las imaginaciones débiles)»<sup>19</sup>. Desde ahora se admitirá la posibilidad de enfermar psíquicamente sin que la razón quede alterada o con sólo alteración parcial de ella. El campo médico, dentro del jurídico, se ampliaba enormemente; la ley de 30 de junio de 1838 y la ordenanza de 18 de diciembre de 1839, reguladoras de la situación médica y social de los enfermos mentales, confirmaban esta importante novedad<sup>20</sup>.

3. *El médico, maestro del derecho.* Momentos aún mejores llegaron para los médicos; cuando el siglo ya terminaba, los juristas acuden a sus libros para aprender saberes y

métodos científicos. El positivismo jurídico italiano marcó el punto supremo de entendimiento entre Medicina y Derecho, la culminación de una larga conversación iniciada entre ambas profesiones en el mundo contemporáneo. Cesare Lombroso —y la escuela criminalista italiana— es la figura más representativa de este magisterio ejercido por la Medicina sobre el Derecho, por Hipócrates sobre Justiniano. Los galenos podían ofrecer, por una parte, posibilidades de prevención del delito y, por otra, material para la interpretación del crimen y, sobre todo, del delincuente.

Hubo, pues, un cambio de escenario para el desarrollo de la Medicina legal. Francia había estabilizado su régimen político, mientras una nueva nación nacía al liberalismo. En Italia, un derecho naciente y una sociedad que se estaba estructurando y asentando, tenían más posibilidades para aprovechar las novedades médicas y psiquiátricas.

Cesare Lombroso conocía bien la psiquiatría europea del siglo XIX; leía a Morel, a Magnan, a Griesinger y a Kraepelin. Utiliza la sexología de Krafft-Ebing o las doctrinas de Maudsley, sobre el crimen y la locura. En especial, la influencia de este autor parece importante. En el inglés confluyen, de un lado, la tradición francesa configurada alrededor de la monomanía no delirante; por otro, es un clásico del estudio médico y legal de la epilepsia, piedra de toque, tal como veremos, de las interpretaciones lombrosianas tardías. Su capítulo, muy leído, sobre las epilepsias, comenzaba así: «Cuando un homicidio es cometido sin motivo aparente y su causa es inexplicable, la instrucción puede descubrir que el autor del crimen está afectado de epilepsia»<sup>21</sup>. Ya Zacchia había señalado que un epiléptico es irresponsable de sus acciones cercanas al ataque; Trousseau insiste en la peligrosidad de estos enfermos y Jackson se convierte en el gran clásico del estudio de este mal<sup>22</sup>.

La epilepsia es una enfermedad fácilmente objetivable en la clínica, y sus huellas anatómicas son patentes. El italiano aprovecha, como en toda su obra, las novedades médicas antropológicas y anatomopatológicas. Ésta era una enfermedad ante la que el derecho tenía que asentir y por ello es elegida por Lombroso como el argumento príncipe de sus discusiones. Este enfermar afectaba de forma irregular y discontinua la personalidad del enfermo, atacándola aquí y allá, siempre de manera segura, grave y progresiva. El médico poseía novedades científicas —cuidadosamente disfrazadas de ideologías— que ofrecer a los tribunales. Lombroso se creará capaz de enseñar a los juristas, e incluso de prescindir de los

jurados, hasta entonces aliados de los médicos legistas.

«El Jurado, por ejemplo, se ha demostrado ser por completo inadecuado para el desempeño de sus funciones, excepto para los delitos políticos, como lo demuestra la desproporción enorme entre las absoluciones que pronuncia con respecto a los mismos delitos en las diferentes regiones... Precisamente, porque los Jurados sufren fácilmente la influencia de la opinión pública, es peligroso dejar encomendado al instinto, sentimiento, dictar decisiones en las que más bien, si se quiere que triunfe la justicia, hay que despojarse de los sentimientos y los instintos»<sup>23</sup>.

El liberalismo llegaba al fin de sus consecuencias lógicas: un mayor avance democratizador haría peligrar la sociedad burguesa. Spencer y Lombroso que quieren detener esta peligrosa evolución, cada uno dará su fórmula; pero, en ningún caso puede dejarse el derecho a merced del «buen sentido» burgués. Políticos, juristas, sociólogos y médicos se aúnan en esta común tarea que fue denominada por los lombrosianos «defensa social».

Todas estas novedades nos permiten comprender que en Italia, muchas nuevas leyes permiten a los médicos el control de los enfermos mentales y los manicomios. Mientras la ley francesa de 1838 quedaba durante décadas estancada, en aquel país empezó, a partir de 1877, un rápido desarrollo de su derecho médico. Tamburini, Bianchi y otros simpatizantes de Lombroso colaboraron e influyeron en este empeño, que abocaría en la ley de 14 de febrero de 1904 sobre el régimen de internamiento de los alienados. La omnipotencia del manicomio se establece en su primer artículo y la del médico en todas sus páginas<sup>24</sup>.

Un definitivo maridaje quedaba establecido entre Medicina y Derecho: aquella prestaría la ayuda de su ciencia para el pronóstico, éste aportaría el poder social y el permiso para estudiar el cuerpo y el alma de los delincuentes. Juristas, policías criminalistas y estudiosos del régimen carcelario acudirían a estudiar en las obras de la Escuela positiva, siendo en adelante, terreno abonado para las nuevas teorías, aunque psiquiatras y sociólogos pronto abominasen de ellas. Curiosamente, Francia recibe en adelante la influencia italiana; ella que había sido la cuna de la Psiquiatría y de la antropología física, recibe su misma ciencia bañada en ideología burguesa. Los nombres de Tarde, Lacassagne, Maxwell y Verger son hitos de la penetración del pensamiento de Lombroso en el país vecino. Desde actitudes muy distintas —los científicos y sociólogos suavizarán el tremendo biologismo del italiano, mientras que los juristas y abogados

lo endurecerán— todos ellos recibieron y se influenciaron con las nuevas ideas. Y así sucedió en toda Europa y no todo fueron inconvenientes en las nuevas teorías; al menos las violentas discusiones acerca de la tesis del criminal nato, sirvieron para que el delincuente fuese estudiado como un ser vivo y no como una idea abstracta, y para que el sistema judicial y penal vigente a mediados del XIX, fuese puesto en tela de juicio. Y si ni siquiera pudieran ser admitidos estos valores, al menos una novedad importante habría surgido: la Medicina y el Derecho anduvieron, por vez primera, unidos en manicomios y tribunales<sup>25</sup>. Los lombrosianos pudieron aportar numerosas enseñanzas al saber la actuación jurídica, tal vez una de las doctrinas más importantes fue la del criminal nato que a través de Ferri y, sobre todo, de Garofalo invadió el mundo del derecho. Veamos en qué pudo consistir esta teoría.

## II. EL DELINCUENTE NATO

En su *Breve historia de la Psiquiatría*, el profesor Erwin H. Ackerknecht afirma, al referirse a Cesare Lombroso: «Rara vez se hizo tan célebre un psiquiatra merced a ideas ajenas»<sup>26</sup>. Y no le falta razón; en efecto, tal como ya dijimos, Lombroso no fue un psiquiatra original. Pero esta frase del conocido historiador de la medicina debe ser matizada. Según nuestro parecer, dos objeciones pueden ser hechas. La primera, accesoria: un autor con la amplia y duradera vigencia social que consiguió Lombroso, no puede ser «despachado» en unas cuantas frases. El médico italiano fue leído, citado y utilizado profusamente a finales del siglo XIX y principios del XX, por científicos, médicos, juristas, sociólogos, filósofos y literatos. El valor y extensión de su pensamiento e influjo deben ser explicados y debidamente calibrados. La segunda objeción es fundamental: Cesare Lombroso nunca fue un psiquiatra auténtico, al menos él nunca se consideró así. Lombroso fue un médico legista, creador de una nueva disciplina, la antropología criminal o, si se quiere, la criminalística. Por ello, si se desea encontrar la razón de la validez universal del pensamiento de Lombroso, es necesario indagar en sus teorías acerca del hombre criminal y en la aplicación que realizó de las doctrinas médico-psiquiátricas vigentes al servicio de la sociedad de su tiempo.

El filósofo y sociólogo francés G. Tarde, acusaba al médico italiano de imbricar en sus obras —en *L'Uomo delinquente*— dos teorías distintas, dos etiologías de un mismo fenómeno morboso, dos razones explicativas de la cri-





Charles Deslon (1750-1786)  
practicando una experiencia  
sobre el mesmerismo. Caricatura  
aparecida en «Penny Journal  
of Medicine...». Londres, 1839

minalidad humana. Para el pensador francés, todavía incapaz —a diferencia de Durkheim— de distinguir entre individuo y sociedad, con facilidad coinciden las acciones, los comportamientos en ambos planos. De ahí que achacase al médico-legista: «Yo diría, además, a Lombroso: hay dos tesis superpuestas en la tercera edición de vuestro libro. La primera, la antigua, era la del criminal asimilado al salvaje primitivo, la del crimen explicado por el atavismo; usted rechazaba entonces la hipótesis del crimen-locura. Pero después, cediendo, dice usted, a poderosas razones, usted ha adoptado esta última explicación sin, por otra parte, abandonar la precedente. Ellas alternan en su obra, y se diría que a sus ojos se fortifican mutuamente. Sin embargo, ¿no son en parte contradictorias?»<sup>27</sup> Tarde no admite esta fusión y, en efecto, esta unión nos parece hoy en día inadmisibile, pero por muy diversos motivos a los que el francés expone en sus obras.

Sin duda, aquí, en estas frases certeras y cordiales, se ha intuido la fibra más delicada de la obra lombrosiana. Tarde ha estado a un paso de descubrir la clave del éxito y del fracaso del profesor italiano. Pero no pudo llegar al fin, no advirtió cuál era la verdadera actitud científica y profesional del criminalista Lombroso. Él no fue propiamente un médico internista, tampoco un psiquiatra; fue un médico-legista, uno de los más ilustres representantes de la medicina legal contemporánea. A Lombroso únicamente le preocupaba la Medicina en cuanto podía aportar soluciones al derecho penal, no en cuanto podía curar individuos concretos. Él intentaba sanar sociedades, naciones, no pacientes hospitalarios. Fue, en pocas palabras, un médico metido a criminalista.

La tesis lombrosiana fundamental es evidente,

el criminal es un salvaje que ha sobrevivido a la muerte de la sociedad a que pertenecía. No hay duda; al afirmar esto, Lombroso no está dando una hipótesis de trabajo médica, sino sociológica. Sus fuentes para esta afirmación no están en los tratados de psiquiatría, sino en los firmados por juristas, etnólogos y sociólogos. Spencer le influye poderosamente, y no menos Garofalo y Ferri. Desde estas lecturas, e inspirado por Darwin y Haeckel, llegó a su afirmación principal, formulación radicalmente incorrecta, pero muy original y fecunda. Pero, cuando desde el mundo médico, se le pida que explique esa supervivencia en el individuo concreto, se ve obligado a recurrir a los conocimientos psiquiátricos de sus contemporáneos. Y asimismo, tomar las hipótesis de los «degeneracionistas», a través de Morel y Magnan, principalmente. En este campo, Lombroso se convierte en un anatomoclínico al estilo de Griesinger, a quien cita con veneración. Sus ideas son correctas, a la luz de la época, pero nada originales ni fecundas. Aquí sus fuentes son de tipo médico, fundamentalmente psiquiátrico. Sus lecturas son distintas, su público y su intención diferentes por entero. Sin duda, Lombroso hablaba de dos planos muy distintos de la realidad, el individual y el social, aunándolos indiscriminadamente. A lo largo de su obra, se van imbricando motivos médicos y sociológicos en un absurdo desorden, que sólo muestra la total incorrección de la tesis del criminal nato; incluso a los ojos de la ciencia del momento. La crítica de Tarde a sus ideas, acerca de la sociedad salvaje y de la persistencia de caracteres humanos primitivos son efectivas, aunque esto no invalidará que sus trabajos como criminalista den lugar a una nueva e importante ciencia, fecunda y original. Son, por el contrario, inválidas las críticas hechas por el francés al pen-

samiento psiquiátrico de Lombroso, apoyado en los mejores autores del momento, no original, pero sí correcto. Y si del error sociológico, fermentado por los saberes médicos, resulta una importante escuela de forenses, policías y penalistas, de sus correctas aportaciones médicas, frustradas por la teoría del atavismo, nada pudo quedar. Si en los años en que Lombroso escribía, la teoría de la «degeneración» comenzaba a no ser válida, la fecundación con sus errores antropológicos será fatal para ella.

El estudio del criminal hecho por los ojos de un médico fue muy útil para el Derecho. De allí nació una forma diferente de concebir el delito y la pena, y reformas concretas del sistema penal vigente a finales del siglo XIX. Fueron muy importantes las novedades que la escuela criminalística italiana introdujo en la ciencia penal y en Medicina legal. Se insistió en el carácter de relatividad que cada delito posee, adecuado a la sociedad en que se comete. Las penas se ajustaron al grado de peligrosidad social de cada delito y delincuente. Éste empezó a considerarse como un enfermo, introduciendo en derecho el necesario estudio de las condiciones biológicas del reo. Se mejoraron las leyes penales en muchos países y, sobre todo, las condiciones de cárceles y hospitales penitenciarios. Las novedades propugnadas por esta escuela fueron notables y, en buena parte, motivadas por esas extrañas hipótesis acerca del delincuente nato.

Si el pensamiento lombrosiano acerca del delito y el delincuente tuvo grandes repercusiones, no está de más ahora, siquiera muy brevemente, realizar su exposición y su estudio. En su *Medicina Legal* afirma el profesor de Turín: «Con respecto al delito, como con respecto a otra enfermedad cualquiera, es posible reconocer la existencia de un conjunto de causas que lo determinan y producen. Es cierto que la escuela criminal positiva, ha dado la máxima importancia a los factores antropológicos individuales..., en cuanto determinantes del delito; pero no por eso, niega la misma el influjo causal sobre el delito de factores externos, accesorios, sean físicos, meteorológicos, climáticos, sean étnicos, hereditarios, etc..., sean sociales, esto es, políticos, económicos, religiosos, etc..., exactamente igual que la patología médica reconoce en la génesis de las enfermedades, junto al elemento causal específico, la influencia de muchas circunstancias predisponentes, de perturbaciones accidentales, etc., que favorecen el desarrollo y la acción de aquéllas»<sup>28</sup>. Por tanto, según las teorías lombrosianas, la sociedad muestra que está enferma en la mayor frecuencia de criminalidad; y ésta se produce

cuando algunos de sus miembros, por alteraciones de su desarrollo biológico, quedan retrasados con respecto a la evolución general del grupo social. Este retardo se debe a causas físicas, se manifiesta en una serie de síntomas —aumento de la criminalidad— y se influye por factores externos. En las ideas de Spencer acerca de la evolución social, Lombroso pone el acento en los factores intrínsecos, dando una solución médica y anatomoclínica a su hipótesis.

Para Lombroso, al igual que para Spencer o Jackson, la degeneración de centros superiores conduce a la liberación de los inferiores. Es una idea muy frecuente en psicología y neurología positivistas: al destruirse centros superiores, los inferiores y más primitivos quedan en libertad. Fases anteriores de la biología y del comportamiento humano, reaparecen en muy concretos caracteres morfológicos, psíquicos y de comportamiento social. Se llega a esta destrucción por degeneración «que es —define en la misma obra— una desviación del tipo normal, transmisible a los descendientes bajo la forma de tabes hereditaria, que conduce gradualmente, con fenómenos de involución, a la extinción del individuo y de la especie». Esta definición podría figurar en cualquier tratado de psiquiatría francés de la época.

Y también se puede observar la restauración de caracteres atávicos, cuando determinadas causas morbosas actúan, produciendo una simple suspensión del desarrollo biológico en una fase anatómica precisa. «Este fenómeno puede provenir de lo siguiente: que debido precisamente a la paralización del desarrollo, algunos órganos, especialmente de los centros psíquicos, nutridos de una manera imperfecta, ofrecen a las acciones externas un *locus minoris resistentiae*, sobre el cual pueden las mismas producir fenómenos, ora simplemente morbosos, ora atávicos».

Junto a la explicación degeneracionista añade una distinta, también muy conforme a la psiquiatría de la época, que reúne tres posibilidades de acción morbógena: etiología, basada en muy diversas enfermedades, actuación de causas externas y aparición de atavismos. El renacer de formas biológicas inferiores es siempre constante en su pensamiento, pero su explicación patológica varía a lo largo de la vida y la obra de Cesare Lombroso. Las causas morbosas generales que aduce son muy variadas: enfermedades propiamente dichas, intoxicaciones, traumatismos, sífilis, padres ancianos... Pero la enfermedad príncipe, como pieza clave de sus teorías, es la epilepsia. «La aplicación más importante y más nueva de tal influjo de la enfermedad sobre las manifesta-



# CESARE LOMBROSO

(1835-1909)

## Y EL NACIMIENTO DE LA MEDICINA LEGAL CONTEMPORÁNEA

ciones degenerativas atávicas la he hecho yo, referida a la epilepsia, es decir, a perturbaciones de la estructura y de la funcionalidad de los centros superiores psicomotores, la causa primera más frecuente y profunda de la criminalidad. La enfermedad, especialmente durante el período fetal, alterando el desarrollo del sistema nervioso central, haría retroceder al individuo a formas somáticas y psíquicas propias de los antepasados». Y lo mismo afirma del «loco moral», de la *moral insanity*, de Prichard. Criminal nato, epiléptico y loco moral —la manía sin delirio de Pinel o la monomanía afectiva de Esquirol— se agrupan y se identifican en el pensamiento postrero de Lombroso; todos ellos tienen la característica común de asemejarse a salvajes y de actuar socialmente como criminales.

La ciencia psiquiátrica permitió en todo momento a Lombroso dar explicaciones médicas a problemas sociológicos o jurídicos. Sus afirmaciones tienen que ser cada vez más generales para contradecir a sus múltiples y poderosos enemigos. «Además todas las enfermedades mentales producen ya de por sí una especie de locura moral, pero sobre todo la epilepsia, cuando a la vez, o en lugar, de los centros motores ataca a los centros psíquicos; por cuanto la primera actividad que se paraliza o se pierde, es aquella que más tarde ha hecho su aparición en el organismo mental de la humanidad, a saber, el sentido moral, el último que aparece en la evolución del cerebro y el primero que desaparece cuando éste enferma...» Ya Trousseau había afirmado que un delito cometido sin causa aparente podía ser atribuido a un proceso epiléptico, y Maudsley había insistido en la violencia de las reacciones epilépticas. Era sencillo y grato para Lombroso reunir como formas epilépticas, o epileptoides, todos los comportamientos cri-

minales. Propone una división basada en la mayor o menor identificación del criminal con el epiléptico y la consecuente mayor o menor peligrosidad. De manera gradual, se pasa del delincuente epiléptico al epileptoide —que incluiría la epilepsia larvada, la crónica, la locura moral y al criminal nato—; y de éste al criminaloide, que engloba al criminal por pasión o por ocasión.

Todas ellas serían formas de «degeneración superior» o «degeneración inferior», si Lombroso utilizase la terminología de Magnan, provocadas por enfermedades de los padres, meningitis, traumatismos, enfermedades exantemáticas o febriles, etc. La diferencia entre ellas sería meramente cuantitativa, según el sentido moral —esa adquisición humana, filogenéticamente tardía— se encontrase más o menos afectado. «Pero donde está la diferencia mayor es en la exageración de las líneas: así como el loco moral se funde con el delincuente nato, difiriendo de él sólo en que ofrece exagerados los caracteres del mismo; así también el delincuente epiléptico propiamente dicho, el cual continúa en forma crónica las ferocidades de los accesos agudos..., presenta la exageración del loco moral, pero en la etapa menos pronunciada, el uno y el otro se funden. Y como dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí, es claro que la delincuencia nata y la locura moral no son sino formas especiales de la epilepsia, variantes de ella». Lombroso intenta, apoyado en una confusa serie de estadísticas, probar la similitud de todos estos cuadros. En realidad no debía esforzarse mucho, ya que está hablando el criminalista, a quien sólo interesa la repercusión penal de las enfermedades psíquicas. Esta clasificación sólo será útil cuando se la interprete desde la ley, desde el derecho, cuando únicamente interese la nocividad



de cada delincuente o enfermo mental para la sociedad a que pertenece <sup>29</sup>.

Para concluir, recordemos las frases antes transcritas, al menos un fragmento de ellas: «exactamente igual que la patología médica reconoce en la génesis de las enfermedades, junto al elemento causal específico, la influencia de muchas circunstancias predisponentes, de perturbaciones accidentales, etc., que favorece el desarrollo y la acción de aquéllas...», la etiología de la delincuencia reconoce otras muchas causas que coadyuvan a la patogenia fundamental. Naturalmente, otros criminalistas, sociólogos y médicos habían presionado sobre su pensamiento en este sentido. Lombroso se vio obligado a exponer la influencia de las causas externas, por extenso, en su quinta edición de *El hombre delincuente* <sup>30</sup>. Es muy notable la colección de estadísticas que le permitieron establecer la influencia de las causas procatárticas en la etiología de la delincuencia. Se preocupó de una importante serie de factores económicos, sociales y ambientales que enriquecieron considerablemente su labor de criminalista. Es lástima que, siempre considerara de importancia secundaria todos estos determinantes, acusación poderosa que los criminalistas posteriores utilizaron para conseguir su olvido. Pero estos factores aparecen ya claramente en su obra, a diferencia de los psicológicos individuales, en los que no podía de ninguna manera creer, dada su orientación intelectual <sup>31</sup>.

La constatación de ciertas enfermedades y anomalías físicas en delincuentes, permitió a Lombroso extrapolar sus hallazgos construyendo atrevidísimas teorías: estos rasgos somáticos serían, para el médico italiano, los testigos fieles de la capacidad delictiva de un individuo. Al pretender ignorar por entero que el comportamiento criminal es un hecho

social y cayendo en un muy vulgar determinismo, su escuela olvidó que el individuo vive en sociedad y en continua relación dialéctica con otros hombres y la naturaleza. Todo se redujo en ellos a explicar el comportamiento humano por la estructura biológica individual.

Es obvio el conjunto de motivaciones que impidieron a Cesare Lombroso hacer adecuado hincapié en los condicionamientos sociales de la delincuencia. Este médico perteneció al abundante número de intelectuales que la rica burguesía del norte italiano supo comprar. Tras las luchas por la unificación italiana, el moderantismo burgués fue suficientemente hábil para colocar el nuevo reino bajo la salvaguardia del ejército piemontés —base del posterior italiano—, e incorporar a sus intereses un gran número de intelectuales de muy variado origen político y regional. A diferencia de otros grupos moderados, directores de importantes naciones —como el español por ejemplo, que fracasó en esta tarea—, tuvo la enorme habilidad de saber adquirir a sus sabios profesores. Así, puede ser perfectamente explicada, la negativa actitud de Lombroso ante el genio y el político extremista. La sociedad burguesa italiana predicaba un moderantismo a ultranza, enemigo de cualquier polarización. De la misma manera, este potente grupo social deseaba ocultar sistemáticamente la innegable repercusión de los nuevos cambios sociales sobre la delincuencia. Al industrial italiano y al médico-legista, no les interesaba señalar que la situación trágica y el descontento del proletariado oprimido, motivaban ese aumento de la delincuencia —o del número de causas judiciales—, señalado casi unánimemente por todos los autores de la época <sup>32</sup>.

# CESARE LOMBROSO

(1835-1909)

## Y EL NACIMIENTO DE LA MEDICINA LEGAL CONTEMPORÁNEA

<sup>1</sup> F. M. FODERÉ: *Las leyes ilustradas por las ciencias físicas, o tratado de medicina legal y de higiene pública*, 8 vols., Madrid, 1801-1803, I, 30.

<sup>2</sup> F. M. FODERÉ: *Las leyes...*, I, 31.

<sup>3</sup> F. M. FODERÉ: *Las leyes...*, cita en I, XIV; también, 2, 35, 37, 89-90.

<sup>4</sup> F. M. FODERÉ: *Las leyes...*, cita I, 3-4; véase p. 20. Puede verse una mejor exposición en CH. DESMAZE: *Histoire de la médecine légale en France d'après les lois, registres et arrêts criminels*, París, 1880, 31-32. Sobre Inglaterra, véase H. MAUDSLEY, *El crimen y la locura*, Valencia, s.a., 99-134.

<sup>5</sup> F. M. FODERÉ: *Las leyes...*, III, 245, cita en I, 198-199.

<sup>6</sup> F. M. FODERÉ: *Las leyes...*, I, 221-222, 268.

<sup>7</sup> F. M. FODERÉ: *Las leyes...*, I, 207-208, también 192, 196-197. Sobre fisonomía, M. FOUCAULT y otros, *Moi, Pierre Rivière, ayant égorgé ma mère, ma sœur et mon frère...*, París, 1973, 343, nota 1. En el texto de Foderé puede verse también el elogio de la «libertad» y, en último término de toda la naciente ideología burguesa.

<sup>8</sup> F. M. FODERÉ: *Las leyes...*, I, 176 y 178. Sobre la estricta identificación de «locura» con «falta de razón», véase K. DÖRNER, *Ciudadanos y locos. Historia social de la Psiquiatría*, Madrid, 1974, 150 ss. Este mismo criterio aparece en Inglaterra, desde Locke hasta Cullen, sobre estos dos autores; páginas 52 y 77.

<sup>9</sup> Las escasas concesiones a los médicos, en CH. DESMAZE, *Histoire de la médecine légale...*, 142-143. La realidad de la actuación de éstos ante los tribunales, en los datos aportados por F. M. FODERÉ, *Las leyes...*, I, 225-228, 186-187, 234-236. Tanto Foderé como Maudsley admiten que el derecho, en su relación con la medicina, es más perfecto en su parte civil que en la criminal.

<sup>10</sup> F. M. FODERÉ: *Las leyes...*, I, 43-44.

<sup>11</sup> F. M. FODERÉ: *Las leyes...*, I, 2. También CH. DESMAZE, *Histoire de la médecine légale...*, 139-145. Otras leyes, sin embargo, emporaban la situación social de los enajenados, K. DÖRNER, *Ciudadanos y locos...*, 177-178.

<sup>12</sup> M. FOUCAULT, *Histoire de la folie à l'âge classique*, París, 1961, 277.

<sup>13</sup> Esta transmisión de poderes puede ser encontrada también, en otros muchos psiquiatras, como por ejemplo Maudsley, tras un somero análisis de su obra. Es de interés señalar, como esta investidura de poderes confiere al médico un carácter mágico, supranatural, que ha sido hábilmente explotado como medida terapéutica y como fuente de ingresos y prestigio.

K. DÖRNER: *Ciudadanos y locos...*, 188, en general sobre Pinel, 185-201. Sobre el papel estabilizador de sus discípulos, corifeos del orden burgués, 201-31. Sobre este mismo autoritarismo terapéutico en Inglaterra, incluso aplicado en la locura de Jorge III y en el *Retreat* de York, véase 112 ss.

<sup>14</sup> M. FOUCAULT y otros: *Moi, Pierre Rivière...*, 315-316 y siguientes.

R. CHARLES: *Histoire du droit pénal*, París, 1955, 86.

<sup>15</sup> Robert Castel, señala la falta de tratamiento en los testimonios médicos. Es frecuente en todos los médicos legistas, quizá no es el lugar apropiado para buscar terapias, véase M. FOUCAULT y otros, *Moi, Pierre Rivière...*, 316-330. Pero también es muestra del nihilismo terapéutico que la psiquiatría francesa y, mucho más, la lombrosiana desarrollarán al identificar la locura con las anomalías somáticas incurables.

<sup>17</sup> M. FOUCAULT y otros: *Moi, Pierre Rivière...*, 328, véase 327-331.

<sup>18</sup> F. M. FODERÉ: *Las leyes...*, I, 41-43; H. MAUDSLEY, *El crimen y la locura*, cap. IV. La influencia del *common sense* en el derecho tiene su origen en Locke, en quien la *Law of opinion* posee la misma fuerza que la ley divina o estatal.

<sup>19</sup> M. FOUCAULT: *Moi, Pierre Rivière...*, 339, también 326, 333-350.

<sup>20</sup> CH. DESMAZE: *Histoire de la médecine légale...*, 137-167; A. TAMBURINI, G. C. FERRARI, G. ANTONINI, *L'assistenza degli alienati in Italia e nelle varie nazioni*, Turín, 1918, 680-681.

Tal como Lombroso más tarde, Esquirol creará que las pasiones excitadas por los cambios políticos apresurados producen la enfermedad y que el estudio de los enfermos mentales permite diagnosticar la sociedad, K. DÖRNER, *Ciudadanos y locos...*, 209-219.

<sup>21</sup> H. MAUDSLEY: *El crimen y la locura*, 237-262.

<sup>22</sup> J. M.<sup>a</sup> LÓPEZ PIÑERO: *John Hughlings Jackson (1835-1911). Evolucionismo y neurología*, Madrid, 1973.

<sup>23</sup> C. LOMBROSO: *Medicina legal*, traducción de P. Dorado, 2 vols., Madrid, s.a., I, 282.

<sup>24</sup> A. TAMBURINI, G. C. FERRARI, G. ANTONINI: *L'assistenza degli alienati...*, 687-688.

<sup>25</sup> Para su introducción en el derecho, en Francia, véase J. MAXWELL, *El crimen y la sociedad*, Madrid, 1914; H. VERGER, *Evolución del concepto médico sobre la responsabilidad de los delincuentes*, Madrid, [s.a.] Sobre España, véase la obra de L. MARISTANY, *El gabinete del doctor Lombroso (Delincuencia y fin de siglo en España)*, Barcelona, 1973, sobre todo 33, 45, 47 y siguientes.

<sup>26</sup> E. H. ACKERKNECHT: *Breve historia de la psiquiatría*, 3.<sup>a</sup> ed., Buenos Aires, 1968, 93.

<sup>27</sup> G. TARDE: *La criminalité comparée*, 2.<sup>a</sup> ed., París, 1890, 36-37.

<sup>28</sup> Esta cita, como las siguientes, están obtenidas de la *Medicina legal*, I,

228-229, 39, 40, 175, 176, 229.

<sup>29</sup> De interés, C. M. LANDECHO, *La tipificación lombrosiana de delincuentes*, Madrid, 1967.

<sup>30</sup> C. LOMBROSO: *L'Uomo delinquente*, es interesante comparar la evolución de su pensamiento en sucesivas ediciones, en especial son notables la tercera, la que recibe las críticas de Tarde, hecha en Roma-Turín-Florencia, en 1884, y la quinta en que añade una gruesa exposición de estas causas externas, en Turín, 1897.

<sup>31</sup> En España, dos lombrosistas como Olóriz y Salillas tienen mucho que objetar al maestro de la escuela, véase L. MARISTANY, *El gabinete...*, 38; A. NICEFORO, *La transformación del delito en la sociedad moderna*, Madrid, 1902, pág. VII. De interés, las críticas de Jaime Vera a C. Lombroso, en M. TUNÓN DE LARA, *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid, 1970, 92-93.

Sobre Vera, *Ciencia y proletariado. Escritos seleccionados de Jaime Vera*. Prólogo y selección de Juan José Castillo, Madrid, 1973.

<sup>32</sup> A. GRAMSCI: *Il Risorgimento*, Turín, 1966. En el caso español fracasó el moderantismo en esta «compra de cerebros», véase M. y J. L. PESET, *La Universidad Española (siglos XVIII y XIX)*, Madrid, 1975.

\* Este artículo es parte del libro de J. L. y M. PESET, *Lombroso y la escuela positivista italiana*, C. S. I. C., Madrid, 1975.